

tenciones eran excelentes; su autoridad, soberana; sus recursos, los de un inmenso imperio.

El sistema caminó... como pudo, gracias a un buen código penal para castigar a los delincuentes, a una buena policía para cogerlos y a buenas prisiones para encerrarlos.

¿Y cuál fue el resultado?—La producción declinó y el costo de la vida subió a las nubes.

Cuando Diocleciano abdicó y se retiró a vivir libre y tranquilo, cultivando personalmente su huerto, en Salona, mostraba a las visitas sus lechugas para señalarles la felicidad de que disfrutaba en los últimos días.

Señores del Congreso y de la prensa: de Diocleciano, las lechugas!

“La lección debería aprovecharse—dice el padre A. Castelein—, porque nunca podrán ser más propicias que entonces las circunstancias, por la unidad y la fuerza del imperio, para abrogar la ley de la oferta y de la demanda, y reglamentar el trabajo, la producción y la repartición de la riqueza. ES SIN DUDA EL MÁS ESPLÉNDIDO EFECTO CONOCIDO DE LA MANÍA DE REGLAMENTACIÓN.” (A. Castelein, S. J., *Droit Naturel*).



Hace 1000 años que un hombre prodigiosamente talentoso, Wang-ngan-Ché, emprendió en China el experimento más grande que se haya jamás hecho de socialismo. Conoció e implantó todas las actuales *novedades* colectivistas.

Jamás hubo reformador ninguno en condiciones más favorables. Todo lo tuvo a su pro: el poder absoluto